

PRESENTACIÓN

LA CATEGORÍA "ÉLITES" COMO HERRAMIENTA CONCEPTUAL: DE LA DISCUSIÓN A LA APLICACIÓN

En algún sentido, la historia de las élites de poder es casi tan vieja como la misma profesión del historiador. Los grupos minoritarios que ocupan un lugar superior en la sociedad y, como afirma Giovanni Busino, se arrojan el derecho de reglar asuntos comunes por el hecho de su nacimiento, de su cultura, de sus méritos o de su riqueza, han interesado a los cientistas o protocientistas sociales desde siempre.

Sin embargo, es bien sabido que hasta comienzos del siglo XX faltaba un cuerpo teórico que permitiera un abordaje metodológico riguroso de la cuestión. La categoría de clase social hegemónica o dominante no parecía ofrecer todas las respuestas para explicar los atributos ni el accionar de los sectores más encumbrados de la sociedad en el contexto de los sistemas políticos liberales. Si la sociología weberiana proporcionó algunas respuestas, les cupo a Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michells el mérito de formular algunas tesis de referencia insoslayable para los estudiosos del tema. La formación y la transformación de las élites; las características y las cualidades que las distinguen; su organización y función; su relación con las masas; las leyes que gobiernan el advenimiento, la permanencia y la declinación de las minorías dirigentes, como parte de un proceso conocido como "circulación" de tipo horizontal o vertical; el modo en que las organizaciones autofagocitan sus propias finalidades e ideologías para preservar únicamente el espíritu de autoconservación de las oligarquías, son los principales tópicos aportados por estos autores que hoy constituyen el bagaje clásico de las teorías elitistas.

El dinamismo teórico y social aportó nuevos elementos para repensar los grupos de poder. A lo largo del siglo XX, de las interpretaciones unívocas de *la* élite se pasó a otras que contemplaban fracciones dentro de la misma y, posteriormente, a otras que reconocían la existencia de tantas élites como competencias sociales, políticas, religiosas, culturales, intelectuales, etc., hubiera. Así, comenzaron a ser reconocidas las especificidades de las distintas élites que conducían diferentes espacios donde ejercían el poder.

La novedad que representó este enfoque plural, fue acompañada de cambios en cuanto a los procesos a observar en las minorías dirigentes. Y si bien continuaron abordándose cuestiones tales como las de selección, cooptación, formas de reclutamiento y circulación, los análisis fueron enriquecidos con la inclusión de nuevos problemas, al calor de transformaciones sociales que, a medida que avanzaba el siglo, demandaban nuevas interpretaciones. Los procesos referidos a la reconversión, transformación y re-

estructuración de los grupos dirigentes; las formas de intercambio y de conflicto entre los grupos dirigentes y otros sectores sociales; la competencia no sólo local, regional o nacional de algunas élites sino también internacional, necesitaban ser explicados. Algunos de los aportes realizados al respecto por las ciencias sociales y, especialmente, por la sociología francesa durante la última década, han sido recogidos con maestría en el artículo de Monique de Saint Martin incluido en esta sección, que ofrece un panorama actualizado de la agenda de problemas contemplados y a contemplar en torno a las élites.

¿Qué ocurrió, entre tanto, con la disciplina histórica y el estudio de las élites? Ninguno de los modelos pensados por la sociología pudo aplicarse de manera pura dado que las realidades de cada sociedad, grupo u organización en un momento histórico determinado poseen una riqueza que excede los límites que *a priori* establece un modelo que fue útil para analizar otra realidad de otro momento histórico determinado. La historia construida sin el objetivo de encastrar a presión los procesos del pasado, aportó especificidad, excepciones y complejidad.

Las historias latinoamericana y argentina articularon interpretaciones en torno a quienes detentaban el poder. Pero aunque existen trabajos magistrales —entre los cuales no podemos dejar de rememorar *El patriciado uruguayo* de Carlos Real de Azúa o *Revolución y guerra* de Tulio Halperín Donghi— que fueron seguidos por contribuciones más acotadas sino en el tiempo al menos en el espacio, las investigaciones sobre las élites de poder en sí mismas y en relación con la sociedad están muy lejos de haberse desarrollado con tanto interés como el manifestado hacia otros actores sociales y políticos. Centrémonos en Argentina. Si pensamos en la atención conferida desde 1983 por la historia social a los sectores populares, los trabajadores, el movimiento obrero, las familias que poblaban la pampa en el período tardocolonial y la primera mitad del siglo XIX, la inmigración, comprenderemos que eran otros sujetos históricos —“los sin voz”— los que merecían un tratamiento mucho más exhaustivo que los grupos de poder, en consonancia con las reivindicaciones propias del retorno del régimen democrático. De modo que los estudios de las élites —como categoría analítica o como sujeto histórico— quedaron comparativamente relegados, sobre todo en aquellos primeros años esperanzados.

Quedó abierto un campo de indagación que paulatinamente comenzó a cubrirse con estudios centrados en los grupos de poder que permiten construir historias de las élites. En sí mismos, constituyen aportes significativos. Pero también permiten repensar desde otro ángulo algunos temas o problemas dados por supuestos. Al respecto, queremos realizar sólo algunos señalamientos que recogen el sentido de haber organizado esta sección.

Pueden esperarse importantes contribuciones, como dijimos, de la introducción de una nueva agenda de procesos a analizar, pero también de la incorporación de nuevas fuentes provistas por archivos privados que incluyan correspondencia que orienten al investigador en la búsqueda de nuevos intersticios para viejos problemas que necesitan ser remozados. El tratamiento de documentación epistolar procedente de ese tipo de repositorios ha permitido, por ejemplo, a Claudia Ribeiro Viscardi revisar exitosamente la versión canónica de la historia de Brasil que daba por supuesta la construcción del Estado Oligárquico brasileiro (1889-1930) en torno a la llamada “alianza del café con leche” para desplazar la atención hacia el juego de alianzas inestables dentro de un modelo político estable, característico de la República Velha.

No menos aportes son esperables de los estudios prosopográficos que, con el fin de explicar tendencias en los procesos de formación, selección, reclutamiento, conformación y vinculación de los grupos de poder a partir de análisis micro, van generalizándose. La potencialidad de este tipo de estudios se pone de manifiesto en esta sección en otro artículo, también referido al Brasil. El minucioso trabajo llevado a cabo por Flavio Heinz que está en el trasfondo de la síntesis que aquí se expone, muestra las relaciones entre intereses agrarios y campo político en Brasil entre 1930-1960. Además de reparar en el vínculo existente entre las élites agrarias y el Estado, el autor incluye el esbozo de los perfiles sociales y políticos de las primeras, identificadas con los equipos dirigentes de dos entidades patronales rurales.

También los trabajos enfocados saludablemente desde perspectivas de análisis más clásicas prometen nuevas contribuciones. Una de ellas es la que estudia las relaciones establecidas entre la dirigencia estatal y los sectores sociales subalternos, o entre los primeros y las élites patronales. En esta última línea se inscribe el estimulante trabajo de Joel Horowitz que profundiza con agudeza sus explicaciones referidas a la relación entre el gobierno radical argentino de los años 1920 con las élites económicas y los sindicatos en oportunidad de discutirse una legislación de seguridad social.

Otra, es la que explica el comportamiento de las élites políticas en el seno de las instituciones. Uno de los ámbitos privilegiados para observarlo es el de los partidos políticos o de las facciones/fracciones de los mismos, tratados ya sea en sus aspectos ideológicos u organizativos, ya en cuanto a la práctica política, ya en el conjunto de esos aspectos. En esa veta de indagación se inscribe el sugerente artículo de Susana Piazzesi, quien muestra de qué manera el antipersonalismo santafesino se inserta en el poder nacional y controla entre 1937 y 1943 el ejecutivo provincial utilizando sistemáticamente el fraude electoral como estrategia de permanencia de sus élites dirigentes en el poder político.

En suma, esta sección intenta rescatar distintos modos de encauzar con profundidad un tema que no por "familiar" puede considerarse del todo conocido. Porque siguen escaseando los trabajos que hayan tomado a las élites como herramienta conceptual para articular la historia del subcontinente, es esperable que esta sección contribuya a la formulación de indagaciones sistemáticas.

Marcela Ferrari